nido jamás, si mi amor no me hubiera obligado á dárosla. De este modo ha agotado mi ternura todos los medios y todos los recursos para socorreros. Ya no me queda por consiguiente nada que daros, que proporcionaros ni que alconzaros. Ya he provisto abundantemente no solo á vuestras necesidades, sino tambien á vuestro consuelo. Yo me despojo absolutamente de todo cuanto tenia en beneficio vuestro. La herencia que os dejo es completa, y mi testamento se cierra con este último legado. Ya no me resta mas sino daros el último suspiro de mi vida, y probaros con mi muerte el esceso de mi amor.

Oh! cuán llena de amor es esta solicitud de la caridad de un Dios Redentor! Nada se le olvida; nada omite, no solo de lo que es necesario, sino tampoco de lo que pudiera ser de alguna utilidad para nuestra salvacion; es necesario que la obra de su misericordia esceda á todas las riquezas de su bondad. El nos habia reconciliado con Dios por medio de su sangre; él nos habia dado á este Dios por Padre, haciéndose él mismo nuestro hermano; y para dar á esta filiacion de Dios Padre, á esta fraternidad de Dios hijo una base mas ámplia, un nuevo título, un centro, un vínculo, mas sencible; para facilitar á nuestra flaqueza y á nuestra timidez un medio para llegar á él con mas seguridad y mas confianza; y para darnos en fin en su divina presencia, una mediadora, un guía y un motivo de esperanza, quiere que su propia madre sea tambien la nuestra. Para hacernos este don no esperó su misericordia que lo pidiésemos, ella nos previno y nos salió al encuentro segun la profecia de David. Para hacernos apreciar todavia mas un don tan precioso, nos lo hizo en forma de legado, ó de donacion por causa de muerte; él nos lo dió pocos instantes antes de morir como

la última señal de ternura que podia darnos, como el último recuerdo de su amor.

Oh dulce idea! pensamiento lleno de encanto, recuerdo precioso! La Madre de Dios es tambien mi verdadera madre! Yo no puedo dudar en ello, pues que el mismo Dios, pocos instantes antes de dar el último suspiro en la cruz, me la dió y me la dejó por madre. Qué nuevo título, dire yo con S. Anselmo, qué nuevo motivo no tengo para mirar á Dios como mi padre, y á Jesucristo como mi hermano, ahora que tengo á su Madre por guia, por abogada y por defensora! Qué asilo tan seguro, qué refugio tan amplio no encontraré en María! Quién podrá en adelante intimidarme, ó hacerme vacilar en el deseo y la esperanza de conseguir mi salvacion, supuesto que tengo un hermano tan bueno, una madre tan tierna y tan compasiva que cuidan de ella? Oh alma mia! me diré á mí mismo con S. Buenaventura, aun cuando seas pecadora, debes reanimar tu confianza y alegrarte porque el exámen de tu causa, el éxito de tu juicio y la adquisicion de tu perdon, dependen de la sentencia de un Dios que es tu hermano, y de la Madre de un Dios que es tambien tu Madre (*Vease la nota octava.*)

CAPITULO IX.

Es un dogma fundamental de la fé católica que el Hijo de Dios encarnó por todos, que padeció y dió su vida, por todos, que satisfizo por todos, que mereció á todos el perdon y la reconciliacion, que obtuvo para todos un derecho á sus bienes, á sus privilegios, á su amistad y á su fraternidad; que cargó con los pecados de todos, y los expió: que ninguno fué excluido de

la generosidad de su ofrenda, ni de los méritos de sus sacrificios. Es sin embargo indudable que á pesar de esto, no siendo todos cristianos, no son todos hijos de Dios; por consiguiente no son todos verdaderos discípulos, verdaderos amigos ni hermanos de Jesucristo. Solo aquellos lo son que, una vez incorporados á él por el bautismo, permanecen unidos á él por los lazos de la fé en su doctrina y de la fidelidad á sus preceptos.

Lo mismo sucede respecto á María. Aun cuando por su cooperacion á la redencion, al nacimiento espiritual de todos, se hiciese madre de todos, como veremos mas adelante, asi como Jesucristo es el Redentor de todos, sin embargo en realidad solo es madre de aquellos que tienen á Dios por padre, y á Jesucristo por maestro y por hermano, es decir de los verdaderos católicos, de los que, con Jesucristo, componen un cuerpo cuya cabeza es él, quiero decir la Iglesia.

Jesucristo quiso recordarnos esta verdad tan preciosa como consoladora para nosotros que tenemos la dicha de pertenecer á la Iglesia, por las palabras que dijo á María mostrándole á S. Juan, HE AHÍ TU HIJO; porque, como ya hemos observado, esto fué como si hubiera declarado que los verdaderos hijos de María serian los que tuviesen los caractéres distintivos de S. Juan, es decir, de ser discípulo fiel de Jesucristo y objeto de su tierno amor. En muchos lugares del capítulo anterior, como tambien en este, hemos consignado ya esta doctrina; á saber, que solo habitando en los tabernáculos de Sem, es decir en la verdadera Iglesia, nos es dado participar de esta porcion de la herencia de Jesucristo, por la que recibimos á María por madre. Mas este es el lugar á propósito para hablar con mas estension procurando penetrar, cuanto nos sea posible en el espíritu de las palabras de Jesucristo.

Orígenes en su comentario sobre estas palabras del Salvador crucificado: MUGER, HE AHÍ TU HIJO, hace

una bella observacion que derrama mucha luz sobre la verdad que esplicamos. Ninguno, dice él, puede tener una perfecta inteligencia del Evangelio de S. Juan, ni penetrar en su sentido verdadero, si no ha recibido, como este Apóstol, el privilegio de reposar sobre el pecho mismo de Jesucristo, y ha recibido del mismo Jesucristo á María por Madre. Todos los que tienen sentimientos dignos de ella, están plenamente convencidos de que no tuvo mas hijo que Jesucristo, y por consiguiente que cuando Jesucristo dijo á su Madre, hablando de S. Juan: *Hé ahí tu Hijo*, y no: *Hé ahí que tienes en la persona de Juan otro hijo;* fué como si le hubiera dicho: *Ese es Jesus, de quien eres Madre;* porque el que es perfecto, no vive ya él, sino que en él vive Jesucristo.

Estas palabras son profundas y su exactitud teológica es admirable, pues que tienen por base una verdad que es el fundamento de la verdadera fé, y que S. Pablo no cesa de inculcar y repetir en sus sublimes epístolas; á saber que todos los verdaderos fieles, todos los miembros de la verdadera Iglesia forman con Jesucristo una misma cosa, un mismo todo, un mismo cuerpo, un solo hijo.

El mismo Jesucristo habia ya manifestado esta grande y consoladora doctrina, cuando pocos momentos antes de ofrecerse á la muerte por su Iglesia, dirigió por ella a su Padre esta súplica: Yo he comunicado mi gloria á mis discípulos, para que sean y compongan conmigo una misma cosa, asi como voz y yo, ó Padre mio! somos una misma cosa.

Para esplicar S. Pablo esta misteriosa unidad, recurre al simil del cuerpo humano. Asi como en un cuerpo, dice, hay diversos miembros; y á pesar de que los fines y los usos á que están destinados son diferentes, unidos á la cabeza forman un solo cuerpo; del mismo modo nosotros con Jesucristo formamos un solo

cuerpo. Volviendo el Apóstol en otro lugar á este mismo simil esplica cómo se obra esta union, es decir por el bautismo que nos abre la puerta de la Iglesia, nos incorpora á Jesucristo; y nos hace una misma cosa con él; porque no hay en ella mas que un solo cuerpo, aun cuando sea compuesto de muchos miembros, supuesto que estos miembros unidos no forman mas que un solo cuerpo. Esto es lo que sucede con respecto á Jesucristo; porque despues de haber sido bautizados por el mismo espíritu, no formamos con Jesucristo mas que un solo cuerpo, es decir la Iglesia. Vosotros, pues, ó cristianos, sois los miembros verdaderos y el cuerpo cuya cabeza es Jesucristo. Pues bien, aunque la cabeza y los mienbros en un mismo cuerpo tengan una forma, un destino y unos usos diversos, son sin embargo de la misma naturaleza, de la misma esencia y de la misma sustancia. Lo mismo sucede respecto á nosotros los cristianos; desde que por el bautismo somos incorporados á Jesucristo participamos de su naturaleza, como afirma S. Pedro, de tal manera que todos sus títulos, sus derechos, sus privilegios y sus gracias se nos hacen comunes; asi como los miembros de un cuerpo humano participan de la condicion de la cabeza. Por esta razon, siendo Jesucristo Hijo de Dios, el objeto de su ternura y el heredero de su gloria, desde el momento en que nos incorporamos á Jesucristo y formamos con él una misma cosa, nos hacemos en Jesucristo y con Jesucristo, hijos de Dios, objetos de la ternura de Dios y herederos de la gloria de Dios. Del mismo modo, si nos separamos de Jesucristo, nada tenemos, nada merecemos y nada somos; asi como unidos á él, todo lo tenemos en él y con él, todo lo merecemos, y somos todo lo que él es.

Jesucristo es el verdadero Hijo de María; por consiguiente, una vez incorporados á él por medio de los sacramentos, nos hacemos una misma cosa con él, como el ingerto se hace una misma cosa, dice S. Pablo, con el árbol á que está unido; nosotros nos hacemos tambien hijos de María de la misma manera y por las mismas razones que nos hacemos hijos de Dios, es decir, porque Jesucristo es Hijo de Dios.

Pero si nosotros nos hacemos hijos de Dios y de María en virtud de nuestra union con Jesucristo; si somos sus hijos en él y con él, formamos en él y con él un solo hijo de Dios, un solo hijo de María, pues que en él y con él formamos una misma cosa, un solo compuesto físico, un solo cuerpo.

Es verdad que esta union con Jesucristo como nuestra cabeza se verifica por medio de los sacramentos en los que nos aplica el mérito de su sangre y el fruto de su sacrificio; mas asi como esta sangre que nos hace nacer á una vida nueva y nos hace miembros de un cuerpo nuevo, fué derramada en el Calvario, y este sacrificio se consumó en la Cruz; asi tambien en la Cruz y en el Calvario fué donde se echaron los fundamentos á esta union misteriosa, donde se fijaron los títulos, donde se abrió el camino y se prepararon los medios para llegar á ella. Allí fué tambien donde en la persona de S. Juan que nos representaba á todos, que fué verdaderamente rociado con la sangre que salia á torrentes del cuerpo de Jesucristo, que fué el primero en esperimentar con María los efectos del gran sacrificio que él mismo presencio; en el Calvario fué donde principió á cumplirse efectivamente nuestra union en la persona de S. Juan.

Con estas esplicaciones se comprende bien el pasage de Orígenes que hemos referido. En cualidad de hombres todos somos hijos de María, porque, como veremos en su lugar, ella cooperó con su amor y con sus dolores á nuestro nacimiento espiritual; asi como Jesus es el padre y el Redentor de todos, porque nos regeneró y nos rescató con su sangre, de la misma manera

todos somos hijos de dolor, hijos adoptivos, hijos de gracia, hijos diferentes y distintos de Jesucristo. Mas en cualidad de verdaderos cristianos, de verdaderos discípulos de Jesucristo, unidos, incorporados y hechos una misma cosa con él, somos hijos de María, como lo es el mismo Jesucristo, y no nos distinguimos ya de él. No formando con él mas que un solo cuerpo, no formamos tampoco mas que un solo hijo. Por consiguiente, aun cuando bajo este título tenga María tantos hijos cuantos son los verdaderos fieles, es cierto sin embargo que no tiene mas que un solo hijo que es Jesucristo; supuesto que Jesucristo es el que vive en nosotros desde el momento en que nos unimos á él verdaderamente, y que todos los fieles no forman con él mas que un solo Jesucristo, de quien María es verdadera madre, y por consiguiente tambien nuestra.

Ved aquí pues por qué, segun Orígenes, cuando Jesucristo habló á María indicándole á S. Juan no le dijo: Hé ahí en la persona de Juan *otro hijo* diferente de mí, que te dejo para que haga mis veces respecto de tí en mi ausencia, sino que se contentó con decir: *Muger, hé ahí tu hijo*, que fué lo mismo que si le hubiera dicho: *Muger;* tu no tienes mas que un solo hijo, y yo lo soy en ese que te presento. Por el misterio que voy á consumar en este momento, Juan se une y se incorpora á mí; él forma una misma cosa conmigo, él está en mí asi como yo viviré en él. Tu tienes pues, *ó muger*, en la persona de Juan que está al pie de la cruz, el mismo hijo que está en la Cruz, tu Jesus á quien engendraste y que se encuentra en su discípulo, como la cabeza en los miembros á que está unida. Reconoce en él los efectos de mi redencion, los vestigios de mi sangre, la comunicacion inefable de mi gracia, y hasta la participacion misma de mi naturaleza divina. Nada le falta para ser otro yo, una misma cosa conmigo; y supuesto que

yo soy tu hijo, él lo es igualmente; y todos los que tengan los mismos títulos y se encuentren con las mismas condiciones que Juan, se hacen desde este momento en mí y conmigo tu hijo ùnico.

Para comprender mejor esta doctrina sublime, debemos observar que el padre eterno engendra su Verbo de su sola sustancia. Este Verbo es Dios, en cuanto es engendrado desde la eternidad, es por consiguiente Hijo de Dios, y María no tiene parte alguna en esta generacion eterna. Mas este mismo Verbo, esta Persona divina, engendrada desde la eternidad, nacida de solo Dios, y Dios en sí, tomó un cuerpo humano que formó de la purísima sangre de María, y unió á sí este cuerpo por una union hipostática ò personal; union íntima, sustancial é indisoluble, que sin confundir las dos sustancias, forma de Dios y del hombre una sola persona. De modo que Jesucristo Dios es verdadero hombre, y Jesucristo hombre es verdadero Dios. Por consiguiente, supuesto que María concibió y parió este compuesto misterioso é indisoluble, en el que, segun todo el rigor del lenguage teológico, se puede afirmar del hombre cuanto se afirma de Dios, se dice, y debe decirse que María engendró al Verbo de Dios, que dió á luz al mismo Dios, que lo crió, y que es verdadera Madre de Dios. María se llama y es verdaderamente la madre de Dios, aunque no haya hecho otra cosa que suministrar una porcion de su sangre, para formar la humanidad que Dios tomó y unió á si de una manera tan íntima; y ved aqui por qué Dios se unió sustancialmente á esta humanidad. Lo mismo debe decirse en el caso presente (guardada la debida proporcion); aunque María no haya engendrado mas que á Jesucristo, sin embargo habiéndose unido Jesucristo á nosotros tan íntimamente que todos nosotros con él formamos un solo cuerpo cuya cabeza es él mismo, María, en virtud de esta union tan íntima

de su propio hijo con nosotros, se hace tambien nuestra Madre en Jesucristo, y nosotros nos hacemos sus hijos. Dios y el hombre unidos en Jesucristo en una sola persona, por medio de la union hipostática, no forman dos Jesucristos, ni dos hijos de María, sino un solo Jesucristo, un solo hijo. Lo mismo sucede respecto á Jesucristo y los verdaderos cristianos; unidos con él en un mismo cuerpo, no son mas que un solo hijo de María. Nuestra union con Jesucristo se verificó en el Calvario; en el Calvario fué igualmente donde nos hicimos en Jesucristo, no los hijos, sino el Hijo de María; y Jesucristo proclamó y manifestó este inefable misterio cuando dijo á María: *Muger, hé ahí tu hijo.*

San Pablo insistia en esta verdad cuando decia: Recordad que las promesas fueron hechas á Abrahan y á su hijo. Dios no dijo: *y á tus hijos,* como si se hubiera tratado de muchos: sino *á tu hijo*; y este hijo es Jesucristo.

Dios en el Calvario se muestra el Padre amoroso de todos los hombres, pues que sacrifica á su propio Hijo y le entrega á la muerte, para crearse en los hombres hijos adoptivos. Jesucristo es tambien allí el hermano, el Redentor y la víctima de todos los hombres, no solo porque participa con todos ellos de la naturaleza humana, y es como ellos el verdadero hijo de Adan; sino porque satisface por todos, pide por todos, tiende los brazos á todos, y los invita á todos á participar del fruto de su sangre y de la herencia de su amor. Esta paternidad de Dios y esta fraternidad de Jesucristo, son respecto á todos los hombres una paternidad y una fraternidad en un sentido muy estenso, una paternidad y una fraternidad de compasion, de misericordia, y por decirlo asi de disposicion. Pero de hecho y en realidad, los verdaderos hijos de Dios, los hermanos de Jesucristo, los que componen su verdadera familia, su verdadero cuerpo, son únicamente los que por el bautismo son incorporados á él; y que mientras permanecen en este estado, participan de todo lo que Jesucristo posee y de todo lo que Jesucristo es en sí mismo.

Lo mismo sucede respecto á María; por su cooperacion á la obra de nuestra salvacion, á nuestro nacimiento nuevo, se hizo madre de todos los hombres, porque en el Calvario ofreció á la muerte por todos los hombres el mismo Hijo que habia dado á luz para todos. Pero su maternidad con respecto á los hombres es una maternidad de disposicion, de compasion y de amor; porque en realidad los verdaderos hijos de María son únicamente los verdaderos hijos de Dios, los hermanos de Jesucristo, que forman con él una misma cosa.

No es esto decir que esta tierna Madre no se interese en la suerte de esos hombres que, como los infieles y los hereges, no pertenecen al cuerpo de la Iglesia, ó de los que están fuera del espíritu de esta misma Iglesia, como los pecadores. Porque si Jesucristo estiende aun sobre ellos su misericordia, llamándoles á la luz de la fé, ó á la vida de la gracia; si intercede continuamente por los pecadores en presencia de su Padre, como lo afirman S. Juan y S. Pablo, mostrándose asi hermano de todos; María igualmente coopera con su intercesion, y sus súplicas á la propagacion de la fé y á la conversion de los pecadores. Animada para con ellos de la solicitud mas viva, manifiesta tambien para con esos desgraciados la ternura y el cariño de una madre. Ella su madre para compadecerlos, para animarlos, para atraerlos al bien y para consolarlos; ella parece que ha recibido este encargo del mismo Jesucristo. Mas esto no impide que sus hijos en toda justicia sus hijos verdaderos, los que tienen á su amor un derecho igual al del mismo Je-

sucristo, no sean aquellos en quienes, segun la espresion de S. Pablo, vive Jesucristo; y con los que forma Jesucristo una misma cosa. En él, por él y con él son respecto á Dios y respecto á María un solo hijo. Seamos pues verdaderos católicos, verdaderos hijos de la Iglesia. La Iglesia es la que, Jesucristo su cabeza y los hombres sus miembros, forma ese cuerpo del que María es la Madre. Esos son, ó mas bien, ese es el verdadero hijo cuyo tipo particular le mostró y le dejò Jesucristo en la persona de S. Juan su discípulo.

(*Vease la nota novena.*)

CAPITULO X.

Tenemos tambien una bella figura y una profecía muy clara de todo esto en los libros del Antiguo Testamento. En ellos se leé que Abrahan, despues de la muerte de Sara su esposa, se casó con otra muger llamada Cétura, y que por efecto de su prodigiosa fecundidad, aun cuando él era ya de una edad muy abanzada, tuvo de ella seis hijos. Pues bien, conociendo este patriarca que se acercaba su fin, quiso disponer de sus bienes é hizo su testamento de tal modo que dejó á Isaac todo cuanto poseia. En cuanto á Ismael que habia tenido de Agar, y á los otros hijos que habia tenido de Cétura, solo les dejó donaciones considerables. Hecha esta distribucion separó él mismo los hijos de Agar y de Cétura del hijo de Sara; y quiso que Isaac habitase y viviese solo, que formase él solo una familia distinta absolutamente de la de sus hermanos.

Mas, por qué esta parcialidad en un padre tan justo? Si queria favorecer á su hijo primogénito, conformándose á una costumbre general fundada en cierto modo en una conveniencia natural, nó habia nacido

Ismael antes que Isaac? Mas, la Escritura misma aclara esta duda. Agar y Cétura fueron verdaderas esposas de Abrahan, pues que, como observa Cornelio de la Piedra en diversos lugares, y en el versículo mismo que acabamos de citar, Cétura es llamada esposa de Abrahan.

Pero siendo ellas siervas ó esclavas, eran mugeres de un órden inferior y menos noble, mugeres que se desposaban sin ceremonias públicas, y sin dote, que permanecian en la condicion de siervas; y eran llamadas concubinas. Ellas eran con poca diferencia como esas mugeres que se casan en secreto, á causa de la gran desigualdad de condicion y de nacimiento, y que se llaman esposas de conciencia. Sara por el contrario era una muger de condicion ilustre, libre, de la familia misma de Abrahan, hija de su hermano, y por lo mismo sobrina del patriarca. Ella era la muger verdadera, desposada con ceremonias solemnes, la esposa reconocida públicamente como tal. La muger en quien se reunian todas estas condiciones, era la única verdadera madre de familia, que tenia parte en todos los bienes de su esposo, era la directora, la matrona y la señora de la casa; y sus hijos eran los únicos herederos de los bienes del padre. Esta es la causa por qué Abrahan no dió mas que á Sara el nombre de Saraí, que significa princesa ó señora, y por qué dejó todo su patrimonio á Isaac, hijo único que habia tenido de ella; recibiendo tan solo los hijos de las esclavas ricas donaciones en plata, en vestidos y en ganados, por una sola vez, á título, por decirlo así, de legítima, como se llama en el lenguaje moderno.

Pero independientemente de estas razones tomadas del derecho y de las costumbres de aquel tiempo, obró tambien Abrahan con arreglo al misterio que debia ser figurado por esta disposicion testamentaria.

La Escritura Sagrada esplica en un lugar lo que